

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



Reconceptualización del ser masculino
Nuevas formas dignas de ser y actuar

PRESENTA

Jonathan Ricardo Aguilar Frías
Licenciatura en Comunicación y artes audiovisuales

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías
Asesor de productos audiovisuales: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, Primavera de 2023

ÍNDICE

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	2
1. Introducción.....	3
1.1. Objetivos	3
1.2. Justificación.....	3
1.4. Contexto.....	9
2. Desarrollo	10
2.1. Sustento teórico y metodológico	22
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto.....	25
3. Resultados del trabajo profesional.....	26
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto.....	26
Conclusiones	29
Bibliografía	29

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

La investigación tiene como objetivo mostrar las diversas maneras en que estudiantes universitarios del ITESO se vinculan con su identidad masculina. En una sociedad en la que la violencia de género y la discriminación son una realidad, el replanteamiento de la masculinidad se convierte en una herramienta para enfrentar estos problemas. En las comunidades universitarias hay jóvenes que están desafiando las formas de ser masculinas tradicionales y adoptando otras. Esta investigación busca entender cómo estos jóvenes se alejan de esos modelos tradicionales de masculinidad y abrazan nuevas formas de ser que nos permiten sentirnos auténticos y seguros.

1. Introducción

1.1. Objetivos

Se quiere entender cómo se ha originado y cambiado la idea de la masculinidad a través de la historia y cómo eso ha llevado a comportamientos perniciosos, como la discriminación, la violencia y el machismo, y analizar cómo la identidad masculina puede ser diversa y positiva. Finalmente, crear una instalación en la que se muestren los resultados de la investigación con retratos de las personas entrevistadas y de hombres que representaban la idea tradicional de la masculinidad, con el objetivo de invitar a reflexionar sobre lo que significa ser hombre en la actualidad.

1.2. Justificación

Gracias a los recientes aportes académicos feministas y de estudio de género en los últimos cuarenta años, la identidad masculina tradicional se ve comprometida por cambios en los sistemas políticos, económicos y sociales que han tomado forma en los últimos años gracias al feminismo. Esto ha llevado a muchas personas que se consideran masculinas a rechazar los estereotipos y aceptar otras conductas que puedan coexistir en armonía con el avance de la sociedad y la cultura. Las cuales, además de ser compatibles con la actualidad, también cumplen con una validación propia del ser de cada persona, en específico, las que tienen la inclinación a un actuar masculino.

1.3 Antecedentes

Aunque hay estudios feministas y de género desde el siglo XIX, no fue hasta las décadas de los sesenta y setenta cuando se comenzó a enfocar más en la desigualdad de género como una cuestión histórica y antropológica. En este momento se desarrolló una teoría feminista que examinaba cómo las estructuras

sociales y culturales han dado forma a la opresión de las mujeres a lo largo de la historia. Cabe recalcar que las interpretaciones históricas antes de los estudios feministas fueron llevadas a cabo de forma que ignoraban por completo las implicaciones del patriarcado, dando énfasis a momentos históricos centrados en la guerra y la dominación.

No fue hasta hace muy poco cuando se empezaron a crear interpretaciones antropológicas con una perspectiva de género. En *El cáliz y la espada* Riane Eisler (2021) hace una interpretación de las evidencias antropológicas de las civilizaciones neolíticas, que desafía con las interpretaciones previas de lo que se conoce como prehistoria (la época neolítica se refiere al periodo de la prehistoria en el que la humanidad pasó de ser cazadora–recolectora a ser agrícola y sedentaria). En la escuela se nos enseñaba que antes de las primeras civilizaciones como Mesopotamia y Sumeria, no existían civilizaciones como tales, sino que el mundo estaba poblado por comunidades primitivas que no llegaban a categorizarse como civilizaciones, que no tenían una relevancia cultural, se asumía que la gente de esa época eran salvajes y bárbaros. Sin embargo, con el surgimiento de nuevas tecnologías para determinar con mayor seguridad la antigüedad de los objetos, además de los recientes aportes feministas que proporcionaron una forma diferente de entender el pasado, le permitió a Eisler llegar a la conclusión de que realmente en el Neolítico existieron una variedad de civilizaciones lo suficientemente grandes y complejas para que existiese en ellas una cultura semejante a las que le prosiguieron, además de que eran sociedades más igualitarias en comparación con las sociedades patriarcales que les subsiguieron, las cuales se caracterizaban por su modelo *dominador*.

El modelo dominador, es lo que generalmente se designa como patriarcado o matriarcado: La jerarquización de una mitad de la humanidad sobre la otra. El segundo, en el cual las relaciones sociales se basan primordialmente en el principio de vinculación antes que en el de jerarquización, puede describirse mejor como el modelo solidario. En este modelo —comenzando con la diferencia más fundamental en nuestra especie, entre macho y hembra— la diversidad no se equipará a la inferioridad o la superioridad (Eisler, 2021).

Según Riane Eisler, en las civilizaciones neolíticas como Creta, Çatalhöyük y Vinča se observa evidencia arqueológica y antropológica de que el poder y la autoridad eran compartidos entre hombres y mujeres. Estas sociedades veneraban a una diosa, la Gran Diosa, quien representaba la fuente de la vida y la fertilidad en la naturaleza. La imagen de la Gran Diosa era representada en figurillas de arcilla y cerámica, como las encontradas en la isla de Creta, donde aparecía como una mujer con los brazos levantados y los pechos descubiertos, asociándose con la vida, la fertilidad, la creatividad y la regeneración.

Además, la adoración de la Gran Diosa simbolizaba una forma de poder basada en la cooperación, la reciprocidad y la igualdad de género, en contraste con la forma de poder jerárquica y dominante del patriarcado que se desarrollaría más tarde. La veneración de la Gran Diosa y los valores asociados con ella representan una forma alternativa y más igualitaria de organizar la sociedad. Para Eisler, el principio de vinculación es la clave para entender cómo funciona una sociedad solidaria. Este principio implica reconocer que los seres humanos son interdependientes y están conectados unos con otros y, por lo tanto, las relaciones sociales deben ser basadas en la colaboración, la reciprocidad y el apoyo mutuo.

En estas sociedades neolíticas, también se observa evidencia de que las mujeres desempeñaban roles importantes en la toma de decisiones, en la economía y en la religión. Los avances tecnológicos se usaban para mejorar la vida cotidiana de la población en general, en lugar de ser utilizados como armamento para el combate. No existía una jerarquía basada en la dominación, la competitividad, la subordinación y la obediencia. En cambio, estas sociedades privilegiaban la cooperación, la igualdad y el equilibrio entre los géneros. Eisler denomina a estas sociedades “civilizaciones dominantes” y “civilizaciones solidarias”, sin embargo, no estaban regidas por un modelo matriarcal que sometía al género opuesto.

Eisler explica que hubo una transformación en las sociedades neolíticas debido a las invasiones de los pueblos nómadas de las zonas periféricas llamados kurganes, que introdujeron un sistema patriarcal y la adoración a un dios masculino. Esta transformación se puede observar en la caída de la civilización de Creta, que marcó el final de una era. Eisler sostiene que este proceso de cambio comenzó en

Europa alrededor del 4300 o 4200 a.C., cuando el mundo antiguo fue azotado por sucesivas olas de invasiones bárbaras que desencadenaron un periodo de destrucción y caos. Después de esto, surgieron gradualmente las sociedades que se enseñan en los libros de historia como hitos de los inicios de la civilización occidental. Eisler destaca la importancia de comprender estas transformaciones para entender la evolución de la humanidad y la relación entre los modelos sociales dominantes y solidarios (Eisler, 2021).

Estas tribus conquistaron y reemplazaron a las sociedades neolíticas que adoraban a la Gran Diosa. Estas civilizaciones basadas en la *dominación* tenían algunas peculiaridades en común, veneraban a dioses de género masculino. Los cuales portaban armas, un claro indicador a la valoración bélica. También se veía en relieves o frescos la representación de un líder supremo, lo cual indicaba su veneración por su posición de poder. Las civilizaciones se sostenían a través de los esclavos, por medio de la subordinación de otros hombres, y las cualidades dominantes pasaban a personas masculinas. Degradando a la Gran Diosa a un segundo plano. Ella dejó de ser una mujer, dadora de vida y símbolo de la regeneración y naturaleza, a ser relegada a una Eva, que, de acuerdo con Eisler, “Retrata a la mujer como dependiente y secundaria en relación con el hombre, no sólo en el sentido intelectual sino, de acuerdo con La Biblia, tan menos desarrollada espiritualmente que la culpa de nuestra caída en desgracia es toda de ella” (Eisler, 2021).

Hay que tener en cuenta que estas culturas no eran idílicas y perfectas, y que probablemente también experimentaron conflictos y desigualdades en cierta medida. La obra de Eisler no busca presentar estas culturas como una utopía, sino como una alternativa más igualitaria y sostenible a las sociedades patriarcales que las sucedieron.

Modelo–imagen de la masculinidad hegemónica

Desde la perspectiva de que nuestra sociedad está regida por una estructura patriarcal, donde la jerarquía y la dominación son los pilares fundamentales del

poder, es común observar cómo algunos hombres ocupan posiciones de poder que les permiten ejercer su autoridad masculina de manera dominante. Estos líderes autoritarios masculinos, que históricamente han sido venerados como la personificación de lo masculino ideal en sus respectivas épocas, se benefician de esta estructura de poder patriarcal. Por ejemplo, los personajes mitológicos como Orestes, en la *Orestíada*, quien es absuelto por el matricidio que realizó para vengar el asesinato de su padre por su madre, muestra la tensión entre las normas matrísticas de la justicia basada en la reciprocidad y las nuevas normas patriarcales de la justicia basada en la autoridad y la jerarquía; o religiosos como el mismo Jesús. Se puede concluir que la idea del ideal de la masculinidad dominante fue siendo representada por los hombres situados en las posiciones más altas de la jerarquía del poder en la sociedad, tanto por sus méritos bélicos, religiosos, intelectuales o filosóficos.

En *Masculinidades* Connell propone una interesante perspectiva histórica de la masculinidad, la cual se puede entender a través de los modelos ideales masculinos que han representado la idea de ser hombre en cada época. En este sentido, el autor señala que, a lo largo de la historia, se han sucedido distintos modelos ideales masculinos que han ejercido un gran impacto en la construcción de la identidad masculina. Desde Martín Lutero, quien representaba al monje casado, pasando por Hernán Cortés, el conquistador, hasta llegar a figuras como el monarca, el ejército formado por cuerpos masculinos, el soldado o el mercante del océano, don Quijote, el caballero, y finalmente George Washington, el burgués (Connell, 1995). Estos modelos masculinos son indicativos de las formas en que los hombres han sido socializados a lo largo del tiempo, y cómo se han construido y mantenido ciertos patrones culturales que han moldeado las identidades masculinas. Estos símbolos de la masculinidad los vamos a llamar el modelo–imagen masculina.

Cabe recalcar que, durante esta última época de la burguesía, los roles femeninos y masculinos cobraban forma y se reafirmaban gracias a las tradiciones de como las familias llevaban a cabo las relaciones de poder, según Connell, en las novelas de Jane Austen:

Las mujeres en la burguesía vivían bajo el control masculino, ellas cumplían el rol de mantener las conexiones sociales entre las alianzas burguesas. La relación de los burgueses se volvió brutal hacia la fuerza de trabajo agrícola, aun siendo el grueso de la población. El código de honor era la característica determinante, la que no se aplicaba fuera de la burguesa. “El control se ejercía mediante desalojos, encarcelamientos, latigazos, transportes y ahorcamientos” (Connell, 1995).

Estos modelos–imagen, además de haber un referente importante, que funcionaba como guía para que los hombres conciliaran su identidad masculina en el pasado, también lo sigue haciendo en la actualidad. Los hombres prestigiosos o importantes del presente o del pasado como el mismo Dios Padre, Jesucristo, el papa, Alejandro Magno, Julio César, Superman, Picasso, Julio Iglesias, James Bond, García Márquez, Beethoven, Hitchcock, etc. Todos ellos forman parte del grupo de lo que puede llegar a ser un hombre (Marqués, 1997).

El feminismo y el deber de reflexionar sobre sí mismo

Lo personal es político (Beauvoir, 1949).

A pesar de que la identidad masculinidad tiene la posibilidad de desapegarse e independizarse de la masculinidad opresora, mientras sigan existiendo configuraciones culturales que opriman a otros géneros, las personas identificadas como masculinas deberán contribuir activamente a la lucha en contra del mismo sistema patriarcal. Héctor Robledo propone varias formas apropiadas de actuar para ayudar en la lucha contra la opresión masculina. La propuesta que considero fundamental y catalizadora del cambio es la siguiente: “Asumir colectivamente, como género, que tenemos un problema qué resolver con la masculinidad” (Robledo, 2019).

Eisler da una solución a la tiranía del patriarcado y propone que “Para salir del patriarcado se requiere cambiar la red de conversaciones que lo constituye generando otra, y el hacer eso desde una reflexión y un deseo que surgen en el

patriarcado, requiere tanto de la razón como de la pasión para evitar caer en las conversaciones patriarcales de control y poder que negarían el intento en el mismo inicio”.

1.4. Contexto

La concepción crítica propuesta por Judith Butler en 1990 de la separación del concepto de género y el concepto de sexo ha llevado a que las personas reflexionen las limitantes sociales y personales que antes experimentaban las personas gracias al hecho de entender de manera rígida lo que es un hombre y una mujer (Butler, 1990).

Con esta situación, la cuestión de la libertad de ser llega a todas las personas que cumplen o cumplían con los roles binarios tradicionales. El rechazo, el decir no, se vuelve una opción que ahora dirige a un camino hacia la aceptación propia y de los otros. En cambio, ese rechazo dirigía a las personas a convertirse en un grupo marginado o subordinado (Connell, 1995).

Ya que estamos hablando de categorías construidas socialmente (Ásta, 2020), dependerá de cada uno categorizar a cada persona dependiendo de sus creencias. Algunas categorizarán el género según un conocimiento sustentado en la biología, y otros en la ontología social. Esto genera una gran discusión pública en cómo se debería de clasificar por ejemplo un hombre o una mujer.

Actualmente existe una resistencia de la masculinidad de aceptar y concebir la equidad de género, debido a la propia naturaleza de las conversaciones de discriminación y competencia que lo constituye y nos hace estar inmersos. Para hacer un cambio es necesario cambiar de conversación (Eisler, 2021). Para lograr ese desapego de la conversación en la que estamos inmersos se requiere un entendimiento en lo más profundo e íntimo de la identidad misma. ¿Cuáles son los aspectos fundamentales del actuar individual que protege la tiranía patriarcal?

2. Desarrollo

La cultura patriarcal occidental y la masculinidad hegemónica

Para hacer posible el cuestionamiento para al fin hacer un cambio en la masculinidad debemos hacer una distinción entre *el patriarcado*, la *masculinidad hegemónica* y la *masculinidad como identidad de género*. El patriarcado, viéndolo como un constructo social, es la forma y causa en la que el género masculino construye y consolida una cultura que oprime a la mujer, la margina y domina. La *masculinidad hegemónica* “opprime a otros géneros buscando el dominio y la importancia, la cual un individuo hereda” (Marqués, 1997). En otras palabras, es nuestra forma de ser que los individuos heredan del patriarcado. Finalmente, el concepto de *masculinidad* es una *categoría* concebida socialmente (Ásta, 2020). La cual, debido a su naturaleza categórica, es difusa y siempre cambiante. Un comunidad o cultura puede asignar su significado relativamente a los que ellos conciben como masculino. Debido a la naturaleza de identidad de la masculinidad, ésta puede arraigarse firmemente a través de generaciones. Hace miles de años la identidad masculina dio forma a lo que ahora conocemos como patriarcado y la masculinidad hegemónica, debido a cuestiones políticas, religiosas, económicas y sociales (Eisler, 2021).

Esta forma de entender la identidad humana es útil para comprender cómo se desarrollan las estructuras que impactan nuestra realidad en diferentes niveles. Hay que remarcar que la identidad masculina la debemos ver como algo propio y dinámico de cada individuo (Gálvez, 2013), mientras que la masculinidad hegemónica es la forma de ser del hombre que se perpetuó a través de la historia, y consecuentemente se puede argumentar que la construcción de las identidades masculinas de cada individuo se ve influenciada a través de del legado cultural de la masculinidad hegemónica. Aceptando eso, también se puede considerar que la parte perteneciente a la masculinidad hegemónica de cada identidad masculina impacta de manera significativa el orden social patriarcal actual. Esta identidad masculina, que comienza en una escala individual, tiene un efecto dominó en las

demás dimensiones, lo que finalmente conduce a la construcción de instituciones y determina la convivencia cotidiana. En este proceso, la personalidad y el carácter de los individuos influyen en el discurso, la ideología y la cultura que, a su vez, dan forma a las instituciones. De acuerdo con Connell, este proceso empieza desde la identidad individual y termina en la formación de las instituciones (Connell, 1995).

La masculinidad hegemónica en la identidad masculina

La idea de la identidad masculina la heredamos de esta misma cultura patriarcal. Lo que nos dice es que antes de que nacióramos ya existía una forma de ser 'hombre'. En consecuencia, la asumimos y aceptamos sin cuestionamientos, dejamos que conforme parte de nuestra identidad, además de usarla como un refugio al cual los hombres pueden acudir cuando su legitimidad de ser importante se ve amenazada. Según Josep-Vincent Marqués, cuando un varón nace, la sociedad trata de hacer de él lo que ésta entiende como varón. Se trata de formarle unos comportamientos, de reprimirle otros y de transmitirle ciertas convicciones de lo que significa ser varón. Además, argumenta que la masculinidad surge de la búsqueda de la posición sobre el otro, las mujeres (Marqués, 1997). Esa misma búsqueda de la posición sobre el otro, o dominación, involucra a toda persona *no-masculina*. Marqués argumenta que esta construcción social del varón es la que fundamenta la perpetuación de la masculinidad hegemónica. Ésta consta de dos premisas: Se reducen las diferencias personales potenciales entre los individuos varones, y aumenta las diferencias que todos los varones podrían tener con las mujeres.

Estas dos premisas se hacen realidad en el proceso de socialización de cada individuo, que involucra la totalidad del ambiente, desde agentes, espacios, situaciones y tiempos que lo que comúnmente se entiende como educación (Marqués, 1997). Es bien sabido que las conductas penalistas son aprendidas desde los padres, o los maestros. Sin embargo, estos agentes dejan de tener relevancia cuando el individuo llega a cierta edad. Se empieza a alejar de lo que, en casa, en la escuela y en los medios de comunicación masiva se le quiere inculcar. Existe otra manera que no es muy discutida, que es más próxima y en la cual el

individuo afianza con seguridad su identidad, ya que lo hace sentir perteneciente a un grupo. Este importante agente socializador es el grupo de pares o iguales, o, como Márquez lo denomina, la pandilla de amigos (Marqués, 1997).

Aquí se inicia la búsqueda del adolescente de encontrar una identidad que le dote de la suficiente capacidad para navegar en la convivencia cotidiana. Esta búsqueda la motiva principalmente la inseguridad. Parafraseando a Marqués, el varón, tras haber aprendido en la niñez lo que se requiere para convertirse en un hombre, en la transición a su adolescencia se siente inseguro de su capacidad para convertirse en un auténtico varón. Alejados del modelo del padre, considerándolo como anticuado, y queriendo abandonar todas las connotaciones de la niñez, ya que son consideradas oficialmente como femeninas. La pandilla le ofrece una alternativa sobre cómo comportarse (Marqués, 1997). *Un hombre sólo necesita un hombre para validar su masculinidad*, ya que, generalmente, las actitudes femeninas son desvalorizadas y contrapuestas con lo que se requiere en ese grupo. Cualquier aspecto no-masculino es desvirtuado. Por lo que, el varón valora su identidad dentro de un espectro dicotomizado: lo masculino, lo importante/el dominio/la fuerza; en contraste con lo femenino, la vulnerabilidad/fragilidad/la solidaridad. Lo que finalmente ocasiona una búsqueda de la validación de su identidad en un principio jerárquico (dominante), que al mismo tiempo desprecia el principio de vinculación (solidario).

El desprecio a las mujeres, el culto a la fuerza o el gusto por la transgresión, que en los adultos aparece muy en segundo plano y sometido a prudencias y renunciaciones, se muestra descarnado y con toda falta de matices de una imitación mala e insegura [...] El adolescente se inicia en la consolidación de los modos masculinos a través de su versión más pobre (Marqués, 1997).

El proceso de asimilación de tal identidad masculina hegemónica trae consigo un desarrollo deficiente, en el cual el adolescente, tras sentirse atemorizado e inseguro por el rechazo de su grupo desarrolla una identidad basada en la

imitación del modelo masculino de un adulto alejado de la realidad, basado en la inseguridad que ocasiona la opresión de una dinámica relacional jerárquica.

La construcción de una identidad opresora

Bajo una vaga preposición, Marqués la llama “la consigna básica de la construcción social del varón”. Ésta es:

Ser varón en la sociedad patriarcal es ser importante. Este atributo se presenta como un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante, que todo lo importante es definido como masculino. En su aspecto de discurso megalómano, el discurso patriarcal sobre el varón ‘se olvida’ de que la importancia de ser varón sólo se debe a que las mujeres son definidas como no importantes (Marqués, 1997).

Marqués aclara esta necesidad de ser importante por medio de dos conceptos contradictorios:

- a) Ser varón es ya ser importante, de modo que quien es varón es importante por ese solo hecho.
- b) Ser varón obliga a ser importante, de modo que quien es varón sólo lo a través de la importancia, y quien lo consiga llega a ser propia o plenamente varón.

El ser ya importante da una ventaja al varón a consolidar su identidad. Ya que los modelos–imagen le proveen de una amplia gama de valores, como ser fuerte, inteligente, sofisticado, valiente, sensible; los cuales estos mismos modelos–imagen validan, y aunque sean contradictorios la sociedad acepta y da relevancia al varón que es sensible y creativo, como un poeta, tanto al que es agresivo y determinado, como un futbolista. En comparación al modelo–imagen de las mujeres disponen,

ellas no tienen esta variedad y flexibilidad de valores. Aunque actualmente se ha empezado a reconocer a mujeres importantes, en el pasado no se reconocían a muchas, y las que disponían no denotaban valores tan diversos como los modelos–imagen masculinos. Por lo que se podría concluir que, para un varón, es fácil consolidar su identidad masculina en una sociedad con tantos modelos de ser.

Sin embargo, existe la otra cara de la masculinidad: la consigna de *tener que ser importante*, que obliga al varón ser importante. Si el varón no consigue esa importancia, este se convierte en un varón precario. Como Marqués lo define: “El término *precario* designa jurídicamente aquella posesión que alguien ostenta sin seguridad alguna, expuesta a serle retirada en cualquier momento por el propietario” (1997). Esta presión comienza en la adolescencia y forma parte de la forma en que los hombres actúan. La amenaza constante de no ser lo suficientemente masculino o importante puede generar miedo o una sensación de inseguridad o incompletitud. Este miedo está presente en función de cómo el individuo entiende la masculinidad y la importancia. El significado de lo *masculino* y lo *no-masculino* seguirá presente mientras la cultura patriarcal esté arraigada en la sociedad. Este miedo a lo no-masculino puede ocasionar actitudes nocivas o machistas (como se le conoce comúnmente), como Marqués ejemplifica:

El sujeto es permanente acuciado por las exigencias del modelo–imagen. De alguna forma debe de destacar con sus respectivas formas de ser. Puede encontrar una manera fácil de identificarse, como por ejemplo a través de su fuerza física, de su sexualidad, o de su éxito profesional. Pero si no es así, el sujeto anda angustiado tratando de probar, incluso en los lugares más insospechados, que es digno de serlo. Que es en algún sentido importante. Probablemente percibe como una agresión que las mujeres aparezcan hoy en campos reservados antes que ellos, porque eso les priva de señas de identidad masculina de la que se muestra hambriento (Marqués, 1997).

Si llevamos estas tendencias dañinas motivadas por el miedo a la convivencia de una pandilla, se puede inferir que los propios miembros validan y designan la posesión de masculinidad. Gálvez explica este proceso de jerarquización:

Ser hombre implicaría aceptar la norma del grupo de machos alfa, que mantiene una estructura simbólica de dominación sobre sus pares y sobre las mujeres. Preocupante es lo que Ramírez y otros denuncian al indicar que, aunque renieguen de esta violencia, los jóvenes repiten dichas conductas y generan una constante que representativamente los encierra a todos (Gálvez, 2013).

Si algún varón no cumple con los requisitos, este queda excluido y fuera de la pandilla. Esta angustia existencial proviene desde un lugar común, el cual es el originarte de la contradicción de la masculinidad hegemónica. Es el miedo a no ser masculino. Si algún varón no cumple con los requisitos, éste queda excluido y fuera de la pandilla. Esta angustia existencial proviene desde un lugar común el miedo a no ser masculino.

La masculinidad, en orden de tener valor, requiere que las cosas que no sean masculinas tengan menos valor. Las mujeres, personas homosexuales, no binarias, transgéneros, indígenas; son las amenazas de una identidad de género basada en el poder y la dominación, solo funciona si otras cosas, que no son ellos, son denigradas. Eso explica la reacción agresiva de aquellos que aspiran ser masculinos, cuando se sienten incapaces de cumplir los estándares de conquista/dominación sexual. Al no cumplir con aquellos términos, la identidad masculina pierde valor, en otras palabras, la autoestima se ve afectada.

Aquel patrón de dominación/subordinación caracteriza una convivencia de dominio patriarcal. Bajo la amenaza de no ser lo suficientemente masculino, el sujeto configura su forma de pensar respecto a cómo funciona la convivencia. Aprende que la sociedad se rige bajo el dominio de aquellos con el poder del dominio y adapta su manera de actuar para coexistir en esa sociedad patriarcal, dejando fuera la posibilidad de actuar solidario, íntimo o vinculante.

En su lugar, se reproduce una dinámica de inferioridad y superioridad, de una forma semejante a la opresión que experimentan las mujeres. Claro, considerando que estamos hablando de formas de opresión muy distintas y de magnitud diferente. Sin embargo, según mi propia experiencia esta forma de opresión, de *hombre a*

hombre sigue siendo la norma que caracteriza las relaciones entre los grupos de amigos. Sin ser cuestionada, dialogada por las instituciones educativas. Inclusive esta dinámica social es normalizada y validada en la sociedad, lo cual ocasiona que ignoremos sus implicaciones y su relación con los problemas sociales que ocasiona.

La masculinidad, una contradicción que resolver

Gracias a los aportes feministas que han expandido nuestra conciencia sobre la implicación del patriarcado y la masculinidad sobre las mujeres, nos han dejado claro que vivimos bajo una civilización con un modelo dominante. El cual hace que las propias conductas machistas opriman al género femenino, desvirtuando los valores que se asocian con ella como la solidaridad. En consecuencia, muchas personas masculinas con el privilegio de una educación superior, ya conscientes de las implicaciones de la masculinidad hegemónica, buscan un cambio. Sin embargo, no alcanzan a concebirlo, porque a pesar de que las mujeres se manifiesten y hagan esfuerzos para que las instituciones hagan cambios estructurales, como cambio de políticas o de derechos, los hombres no nos desapegamos de nuestra masculinidad. Por el simple hecho que no rechazamos el orgullo simbólico de lo que ha llegado a ser el hombre, tras todo su progreso y relevancia en el avance cultural. También otra razón es que no superamos el miedo a no ser masculinos.

Aunque se han acuñado el término de “las nuevas masculinidades” que pretende promover el respeto y la equidad hacia las mujeres, todavía aún que se exprese la masculinidad de forma nueva y diferente, esto no quiere decir que se sigue prevaleciendo las relaciones dominantes entre otros hombres o hacia personas de distinto género. Aunque ahora es aceptable llorar en público, aún existe la idea de que mostrar vulnerabilidad ante amigos no es masculino, y se sigue reproduciendo el rechazo a ser *frágil*. Por la misma consigna de tener que ser importante, o ser considerado *fuerte*, tener huevos y no rajarte. Seguimos depositando nuestra dignidad en la fuerza, pero el mundo está cambiando, esta fuerza nos la ponen en la cara cada vez que las mujeres se manifiestan el ocho de marzo, cada vez que denuncian alguna injusticia social exponen a la masculinidad

hegemónica. Las feministas van a seguir luchando y hacer un esfuerzo por cambiar la cultura, y gracias a esos esfuerzos la cultura va a seguir avanzando. El refugio del varón, ese plácido lugar en el que nos encaja el patriarcado va a dejar de ser aceptado, va a dejar de existir. Si no construimos una identidad que acepte la *fragilidad*, o no hacer consciente el miedo a la no-masculinidad, esta crisis de la identidad y la del patriarcado jamás dejará de existir. La hombría poco a poco dejará de ser una virtud. Porque la mitad de la población sabe que ese actuar es el que las está oprimiendo. Se está luchando por un cambio, sin embargo, esta lucha no ha podido acceder en el interior de los hombres.

Tendríamos que incorporar la estructura social: las condiciones históricas, sociales, económicas y culturales, la normatividad, lo posible, lo exigido, lo validado socialmente, para encontrar como los varones en su calidad de agencia enfrentan, confrontan, o asumen esas realidades sociales, la mayoría de las veces normativizadas y estereotipadas, bajo una economía y política de los sistemas de sexo y género, como ha planteado Gayle Rubin (1997). De acuerdo con Gutmann (2000) se deben considerar las perspectivas de los hombres en un movimiento procesal y no como una cosa que ha sido permanentemente configurada de una forma en particular (Gálvez, 2013).

Gálvez argumenta que deberían de existir lugares seguros para que los hombres puedan reflexionar y cuestionar su identidad y su forma de ser. Para poder cultivar una conciencia del ser, que nos permita saber aprender de nosotros mismos desde diferentes tipos de conocimiento. Ya sea místico, mitológico, antropológico o feminista, u otro que el patriarcado no valida. Las características de la identidad masculina no son innatas, no son determinadas por el tipo de genitales que se posee, sino que son siempre cambiantes, influidas de forma histórica, social y personal. Lo cual, nos permite construir una identidad que nos permita entender quiénes somos, que nos permita entender que necesitamos, que anhelamos y que deseamos; como podemos negociar en el amor y en nuestras relaciones en la actualidad; o cómo podemos construir relaciones que no opriman a otras personas. Siempre y cuando el individuo se reflexione a sí mismo. Tenemos que empezar a

hablar de lo que sentimos sin sentir la necesidad de cumplir con el ideal masculino que nos oprime.

Toda esta importancia está dejando de tener importancia. Cada vez la masculinidad cambia para dejar de lado el daño. La cultura patriarcal que seguimos construyendo, nos dice que, *al perder fuerza, nos hacemos más débiles*, sin embargo, lo que realmente toca tener en cuenta es *que esa misma fuerza no nos hace convivir con los demás ni con nosotros mismos* por qué, nuestro círculo masculino nos sigue enseñando como ser un verdadero hombre. El miedo a no llegarlo a ser, a ser categorizado como no-masculino nos hace sentir la vergüenza, la angustia, que sumado con el deber ser importante o masculino, no nos deja ser vulnerables y no nos deja ver cuando somos víctimas.

Mucho se ha hablado del abuso del hombre sobre la mujer. Se hacen manifestaciones el ocho de marzo. Las mujeres luchan por la equidad. Sin embargo, los hombres no soltamos esta contradicción que nos hace participar en un juego donde pocos triunfan, y por no defraudar este mismo juego en el que se sostiene nuestra identidad y por ende nuestra dignidad, no hablamos del abuso que ocasiona la propia identidad. Esa identidad de lo dominante, que creó su propia figura de importancia y desplazó al otro género, que justifica la desigualdad por el mérito a quien posee mayor *fuerza*. A muchos hombres les es imposible reflexionar sobre su propia identidad. Ya que, si lo hacen, esta se verá vulnerable, lo que quiere decir que se mostrará *frágil*. Pero si se logra superar de manera trascendental aquellas ideas, nosotros los hombres podemos validar el principio de vinculación, lo que significa que seríamos conscientes de las implicaciones y nos llevaría a un plano moral y racional, que nos permitirá entender nuestros problemas más profundos, y los cuales podríamos externalizar. Sin embargo, esto no es posible en espacios donde mostrarse *frágil* sea tratado con humillación o desvaloración, lo que provoca una amenaza contra la dignidad de la identidad masculina, y lo que es considerado como la principal cualidad para pertenecer a su grupo de amigos. Por eso, en muchas ocasiones la masculinidad que nos inculca el patriarcado nos sumerge en una contradicción que impide el cambio, porque nuestra dignidad se sostiene del miedo que nos ocasiona el dejar de ser lo que nos oprime.

El ambiente en el que crecemos y habitamos es el que condiciona la forma en la que se concibe la identidad masculina de cada persona. La llegada de las redes sociales supuso un cambio repentino y radical de cómo se llevan a cabo nuestras relaciones sociales, además de como invertimos nuestro tiempo de ocio. Aquellas dos actividades tuvieron una migración casi por completo hacia espacios digitales. Los mexicanos pasan un promedio de 94 horas a la semana en línea (Digital Consumer Survey México, 2020). Lo que quiere decir que, la televisión y las películas dejaron de ser el medio más influyente de la cultura popular, dando paso al formato más recientes de videos cortos de aproximadamente treinta segundos.

La relativa privación de la masculinidad

Actualmente sabemos que nosotros los hombres debemos de cambiar. Muchos de nosotros somos conscientes de la opresión que ha ejercido el género masculino sobre el femenino a lo largo de la historia y en la actualidad. Somos conscientes de los comportamientos machistas que naturalizamos en nuestra forma de ser por medio de nuestros padres o la sociedad, que hacen proclives comportamientos opresores y violentos. Sabemos que los tenemos que dejar de reproducir, para así evitar la violencia en contra de las mujeres o personas LGBT, y consecuentemente preservar la dignidad en nuestra identidad. Sin embargo, un comportamiento todavía muy presente en la masculinidad es evitar mostrar emociones o expresar sentimientos, en otras palabras, ser vulnerables, ya que esto se considera femenino o frágil. Esto provoca dificultades para procesar nuestras emociones, para entenderlas y asimilarlas. La identidad masculina sigue con una serie de problemáticas que generan malestar en los individuos, y una de sus causas es la incapacidad de reflexionar sobre su género.

Lo que solemos escuchar de la discusión pública es que ser hombre hoy en día, desde un nivel social, nos otorga un privilegio social, económico, jurídico y político a costa de la opresión hacia las mujeres o personas LGBT; que la violencia masculina proviene de un afán por la dominación, el control, y poder sobre las mujeres o grupos marginados. Sin embargo, la mayoría de los hombres no se

sienten individualmente poderosos. Tampoco se suele escuchar que bajo aquella masculinidad hegemónica existe la posibilidad de que hombres puedan resultar emocional o psicológicamente dañados. Esto sucede gracias a que hay pocas discusiones sobre cómo funciona nuestra identidad. Este fenómeno impide entenderse a uno mismo desde una posición sensible, provoca la imposibilidad de construir una filosofía de vida propia, con base en de lo que nuestros sentimientos nos dicen, sobre qué es lo que deseamos o incluso lo que necesitamos. En cambio, estas expectativas de vida se ven condicionadas por lo que los demás esperan de nosotros que seamos como seres masculinos.

Desde un plano personal, la masculinidad, nos impone una serie de requisitos que debemos cumplir para sentirnos autorrealizados con las expectativas que el mundo espera. Impuestos un grupo de individuos caracterizados por su sexo, y que muestran características para diferenciar los sexos. Estos “grupos de individuos” no abarcan a todos los hombres, sino aquellos ideales son lo que usualmente vemos en las redes sociales, ya que es el medio principal en el que construimos la cultura popular (Conaway, 2013). Debo de ser exitoso, tener dinero, tener coches lujosos, tener un cuerpo atlético, tener la facilidad para seducir mujeres, haberse acostado con un sinnúmero de mujeres etc. Por ello, Kaufman teoriza que la masculinidad no es “la experiencia del poder; sino la experiencia del derecho al poder” (Kaufman, 2007). Si ese derecho al poder no se cumple, aquel esfuerzo por crecer en la vida termina en frustración, incitando al individuo a exigir su derecho de formas ilícitas, o a través de la violencia. Esto provoca una un círculo vicioso de violencia, Si un hombre no alcanza a sentirse titulado como masculino, su dignidad y orgullo se ven amenazados, la masculinidad se ve privada, y buscan caminos ilícitos para satisfacer esa carencia. Este fenómeno proviene desde las emociones. Por ejemplo, en el centro de readaptación La Granja en Jalisco, en los jóvenes recluidos, Gutiérrez analizó la forma en la que emplean a sus emociones.

La tensión emocional que conduce al crimen se presenta en mayor medida cuando los hombres tienen disminuidas las capacidades y los recursos para lidiar, gestionar

y controlar la ambición, la impotencia, la humillación, los sentimientos de venganza o injusticia, los desacuerdos, las violencias y los conflictos (Gutiérrez, 2020).

Junto a una imposibilidad de asimilar la situación con emociones sensibles, los hombres arraigan un espectro de emociones que justifican sus actos ilícitos. La valoración depende de que tan distante esta uno de cumplir con las expectativas, y cuando no lo cumplen su valoración hacia uno mismo se ve afectada.

Debemos de considerar que la identidad masculina no es un monolito, sino es fluida y depende del contexto donde el individuo experimenta su vida. También debemos considerar que la masculinidad tiene una interseccionalidad, lo que quiere decir que hay varias formas en la que algunos hombres son oprimidos por el privilegio de otros hombres, siempre dependiendo del contexto y la persona (Conaway, 2013). En el caso de la sociedad mexicana, En un país con tanta desigualdad social, donde prevalece la pobreza y consecuentemente crea una carencia de oportunidades para alcanzar aquella variedad de imágenes que representa el objetivo de la ambición que representan un minúsculo grupo de hombres cada vez más poderosos, cada vez más atléticos, cada vez más billonarios, cada vez más atractivos, todos ellos estableciendo lo que es un hombre verdadero. Gracias a la presión provocada por la carencia de masculinidad, se tiende a enaltecer y a normalizar el oportunismo y la megalomanía, se recurre a la violencia, incluso el crimen organizado se considera una opción factible para aquellos que no tienen otra alternativa para cumplir su ambición. Sin embargo, no solo ocurre en esferas sociales con bajos recursos, sino también ocurre en diversos contextos y situaciones. Por ejemplo, muchos hombres que se ven privados de satisfacer sus aspiraciones sexuales pueden recurrir al abuso sexual, ejemplificado su frecuencia en la escena de la fiesta. Todo a causa de cumplir con la cuota masculina y probar ante la sociedad que son merecedores de una identidad tan importante y dominante, dicha necesidad surge de la inseguridad y el miedo a que lo consideren como no masculino.

Estas conductas pueden llegar a normalizarse, como no hace muchos años en México y todavía en la actualidad, se solía culpar a la mujer si eran víctimas de un

abuso sexual. Sin embargo, las mujeres reaccionaron y crearon un cambio a nivel mundial a través de movimientos sociales. Eso explica por qué los movimientos feministas, los cambios en las leyes, las denuncias y el arrebatado excesivo poder a los hombres por la equidad, provocan tanta frustración en algunos hombres. Por que atentan contra su derecho al poder, les quitan terreno en el campo laboral, estigmatizan conductas de opresión hacia las mujeres o personas LGBT.

2.1. Sustento teórico y metodológico

Decidí hacer una distinción entre los conceptos patriarcado, masculinidad hegemónica, cultura patriarcal occidental y masculinidad para esclarecer el tema. De forma que pueda distinguir entre el impacto de la masculinidad en general entre lo que es social o externo, a lo que es interno o personal.

Patriarcado

Simone de Beauvoir sostiene que el patriarcado tiene implicaciones para la vida de las mujeres en todas las esferas, incluyendo la familia, el trabajo, la política y la cultura. Las mujeres son tratadas como inferiores y marginadas, y se les niega oportunidades y derechos que son concedidos a los hombres. Esta opresión también tiene efectos psicológicos, como la internalización de la idea de que las mujeres son menos valiosas que los hombres, lo que puede llevar a una falta de confianza y una disminución de la autoestima (Beauvoir, 1949).

Masculinidad hegemónica

A diferencia del patriarcado, la masculinidad hegemónica incide en la construcción identidad masculina a partir de la convivencia social.

La masculinidad hegemónica se refiere a la configuración actualmente aceptada de la masculinidad que se convierte en la norma por la que se juzgan a todos los hombres, y que se caracteriza por una serie de rasgos, como la fuerza, el coraje, la agresividad y la competitividad” (Kimmel, 1997). Si entendemos a la masculinidad

moderna como carácter individual, definida por la oposición a la feminidad, institucionalizada y establecida en la economía y el Estado, podemos definir un tipo de masculinidad hegemónica además de describir algunas de sus relaciones de formas subordinadas y marginadas (Connell, 1995).

Podría entenderse a la masculinidad hegemónica todos esos aspectos que fueron heredados históricamente y crean un daño en el individuo o en la sociedad. Sin embargo, Ramírez enfatiza que se debe de problematizar la categoría de masculinidad hegemónica. Debemos considerar a la masculinidad una identidad fluida y dependiente al entorno en el que una persona se desarrolla.

Masculinidad

Finalmente la definición de ser masculino siempre ha sido difusa, pero cambiante. En algún momento en el pasado la teoría psicoanalítica de Freud consideraba que la identidad de género se desarrollaba a partir de la identificación temprana con figuras parentales del mismo sexo y que esta identidad era fija e inmutable (Freud, 1905). No pasó mucho tiempo para que otros pensadores refutaran esa premisa. Desde que Simone de Beauvoir postuló la premisa “No se nace mujer, se hace mujer” (Beauvoir, 1949), se empezó a entender diferente lo que es la identidad según el sexo de las personas. Esa idea fue cobrando relevancia, hasta llegar a la actualidad. Ahora ser hombre o mujer no se basa simplemente en el tipo de genitales que tiene la persona. Si no, más bien, ser *masculino* o *femenino* se entiende como una *categoría* concebida socialmente. Esto hizo que nos identifiquemos categóricamente como hombre y mujer por medio del *género*, independientemente del tipo de genitales que posee la persona (Butler, 1990).

Sin embargo, durante la década de los setenta, el feminismo radical defendía que las mujeres poseían características y rasgos innatos que las distinguían de los hombres, y que esta diferencia esencial debía ser el fundamento de una política feminista (Greer, 1970).

Alternativas para evitar la violencia masculina

Debido a la dificultad que los hombres experimentan para expresar sentimientos u emociones que se asocian con la *fragilidad*, se tiende a justificar la acción que son consideradas inmorales con emociones dañinas, pertenecientes a discursos masculinos. Lo que falta es un espacio donde los hombres puedan dialogar y hacer consciente la propia identidad masculina. Así podrán pensar los aspectos negativos de su identidad de manera crítica. Sin embargo, el estigma de actuar de manera no-masculina, va a seguir siendo un obstáculo para mostrar vulnerabilidad en frente de otros hombres.

Por eso creo yo que la mejor forma de afrontar esta problemática es con la divulgación del tema, en especial con los aspectos negativos de la masculinidad. Así muchos hombres van a reconocer su posición opresora que ocupan en la cultura patriarcal.

El maestro de psicología Héctor Robledo propone varias formas apropiadas de actuar para ayudar en la lucha contra la opresión masculina (Robledo, 2019).

1. Hacernos cargo del cuidado de nosotros mismos y de quienes están a nuestro alrededor.
2. Asumir colectivamente, como género, que tenemos un problema que resolver con la masculinidad
3. Revisar nuestras relaciones con las mujeres que nos rodean, preguntarnos: ¿con quiénes me relaciono y para qué? ¿Qué apporto y qué obtengo de esas relaciones? Si entendemos que el sistema sexo/género es una estructura de poder, ¿abusamos de la posición que ocupamos en esa estructura? ¿Escuchamos y valoramos de la misma manera las opiniones de nuestras compañeras mujeres que de nuestros compañeros hombres?
4. Subvirtamos los pactos entre hombres para relacionarnos más allá de la masculinidad que nos atraviesa.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

Primero tuve que esclarecer y dar con un tema en el cual iba a basar la investigación. Primero estaba interesado en investigar sobre la identidad mexicana, así que leí el libro *La jaula de la melancolía* sin embargo, los estudios que tienden a hablar de una identidad nacional en la actualidad ya no tienen la misma relevancia que antes, ya que las críticas dicen que, muchas veces, entran en generalizaciones, así que mejor me decidí buscar otro tema (Bartra, 2014). Al final me decidí por la identidad masculina, ya que es un tema de la identidad que percibía que necesitaba ser entendida.

Acudí a varios amigos que habían cursado la materia de masculinidad en el ITESO, ellos me pasaron varias lecturas, me dediqué a leer y tener el conocimiento suficiente para aportar algo significativo con el tema en cuestión.

Después, se realizaron una serie de entrevistas, las cuales no fueron de mucha utilidad para la investigación, ya que al hacerles la pregunta: ¿Alguna vez han reflexionado sobre su masculinidad? La respuesta era negativa. Como esta investigación no está centrada en investigar casos de transformación, sino más bien en conocer cómo se desarrollan la identidad masculina en la población estudiantil a rasgos generales, las entrevistas no pueden ser de mucha utilidad si los entrevistados no pueden distinguir que abarca su masculinidad y que abarca el resto de su identidad. Lo que resultó útil de las entrevistas fue saber que la gran mayoría de los hombres nunca han reflexionado sobre su identidad masculina.

El 8 de marzo asistí a un círculo de autoconciencia masculina, ahí tuve la primera oportunidad de dialogar sobre qué papel tiene la masculinidad en nuestras vidas junto a otros hombres. Se me hizo interesante saber que la totalidad de ellos (excluyendo a personas intergénero) nunca habían pensado sobre su identidad. En ese círculo también tuve la oportunidad de escuchar anécdotas de otros hombres que se han visto perjudicados por conductas masculinas que resultan nocivas, como estigmatización por ser agresivo o por tener creencias depredadoras hacia las mujeres, o por haber sufrido violencia familiar. Sin embargo, nunca se dialogó la privación de la masculinidad y sus consecuencias. Esto demuestra que muchos

hombres empiezan a notar las problemáticas en la sociedad, sin embargo, todavía no se hacen conscientes las causas que provienen de la identidad.

3. Resultados del trabajo profesional

Encontré que la forma en que los hombres nos comportamos está determinada por las expectativas que la sociedad tiene sobre nosotros. Estas expectativas están vinculadas a ciertas virtudes relacionadas con la masculinidad hegemónica, lo que puede convertirse en un problema.

Para abordar este problema, es importante que los hombres nos hagamos conscientes de lo que implica nuestra identidad masculina. De esta manera, podemos tener diálogos constructivos y llegar a conclusiones con las que cada uno esté satisfecho.

También es importante tener en cuenta que la identidad masculina puede generar tendencias opresoras hacia otros grupos de personas y, al mismo tiempo, limitar nuestra propia expresión de género. Conocernos a nosotros mismos y ser conscientes de que podemos ser alguien en la vida sin tener que cumplir con las expectativas que la sociedad nos impone, es la clave para aprender a ser masculinos sin que esto se convierta en un problema para nosotros mismos o para los demás. En lugar de crear una nueva masculinidad, se trata de encontrar una forma de ser masculino que sea saludable y respetuosa con los demás.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

- Aprendizajes profesionales

Este proyecto me dio la oportunidad de tener mayor conciencia sobre mí y la sociedad. Gracias a que este es un tema actual y que en los últimos años apenas se ha empezado a dialogar, comprenderlo me ayuda tener una mejor conciencia al

momento de desarrollar discursos comunicativos. Por ejemplo, a la hora de realizar un cortometraje, ahora tendré mayor conciencia de como proponer y conceptualizar un personaje, donde la motivación de sus deseos y necesidades provengan de sus creencias impuestas por su identidad masculina, y así tener la posibilidad de tocar el tema.

Desarrollé una conciencia antropológica e histórica de la construcción de las instituciones, y consecuentemente a la identidad del individuo. Pude refinar mejor mi habilidad de investigación, en cuanto a que adquirí una mayor conciencia de cómo se desarrolla el conocimiento académico.

Ahora tengo una mayor comprensión de mi privilegio, considero que ello me ayudará a tomar decisiones que apoyen a la equidad de género en mi campo laboral.

Este estudio también me proporcionó saberes que me ayudarán a distinguir discursos patriarcales o masculinos que tengan un efecto nocivo, esto también ayuda a distinguir si mis motivaciones son consecuencia de la inseguridad que provoca mi privación de la masculinidad o si apelan a mi integridad como persona.

Tuve contacto con un tema de una alta complejidad, polémico, actual y relevante. Supuso un reto para mí aprender todo lo necesario sobre el tema antes de proponer cualquier cosa en el estudio.

- Aprendizajes sociales

Pude darme cuenta de que para poder realizar un proyecto que apoye a la equidad, se debe de hacer una reflexión propia de la parte fundamental del dominio que integra la masculinidad en la sociedad, partiendo desde una reflexión personal sobre la propia identidad masculina, para hacer posible un alto a las problemáticas sociales que produce la masculinidad. Finalmente, buscar un actuar más solidario que mejore nuestra convivencia social.

En este proyecto me di cuenta de que para detectar una problemática social uno debe de sensibilizarse ante la sociedad. Por eso debo de estar informado y

prestar atención a mi alrededor, y preocuparme de las cuestiones que impactan nuestra vida social, finalmente actuar en consecuencia de ello.

Aprendí que es de suma importancia entender un tema para poder hablar de ello, sobre todo si el tema lo desconozco por completo. Por lo que me lleva a concluir, que si quiero crear discursos dirigidos a una mejora social debo de conocer lo suficiente para hacerlo. Entre más conocimiento tenga de la actualidad estaré en mejores condiciones de hablar sobre ella.

Este proyecto incitó a los hombres a que reflexionarán sobre su propia masculinidad, ya que cada uno es diferente y cada uno construye su identidad diferente, la opción más viable para un cambio social es hacer consciente la identidad masculina a la ciudadanía.

- Aprendizajes éticos

Tuve que hacer una profunda introspección sobre mi propia identidad masculina, tuve que afrontar antiguas creencias y comportamientos que estaban arraigados a mi autoconcepto y a mi autoestima. Afronté varios aspectos de mi personalidad, los cuales se sostenían en discursos masculinos, que sin ellos me hacían sentir inseguro. Supe el concepto de identidad puede estar depositado en un lugar que no dependa de mi orgullo masculino, ya que, si no es así se pueden generar problemáticas graves que provoquen un daño hacia las personas que habitan junto a mí.

Esta experiencia me invita a reconceptualizar mis propósitos, incluso también cambiar mi sentido del humor. También me motiva a invitar a más hombres a que reflexionen sobre las inseguridades y miedos que nos condiciona la masculinidad.

- Aprendizajes personales

Este trabajo me permitió encontrar una explicación a un problema tanto personal como social. Descubrí todo lo que la cultura patriarcal afecta en mi vida y en la vida de los que me rodean. Aquello me motiva a considerar una conciencia que involucre

a los demás, ya que creo que para poder cambiar para bien no solo basta pensar de forma aislada, sino que cambiar para bien también significa considerar a los demás.

Conclusiones

Deberían de existir lugares seguros para que los hombres puedan reflexionar y cuestionar su identidad y su forma de ser. Para poder cultivar una conciencia del ser, que nos permita saber aprender de nosotros mismos desde diferentes tipos de conocimiento. Ya sea místico, mitológico, antropológico o feminista. La masculinidad no está determinada por el tipo de genitales que uno posee, sino que está determinada de forma histórica y social. Lo cual nos permite construir una identidad que nos permita entender quiénes somos, qué necesitamos, qué anhelamos y qué deseamos. Cómo podemos negociar en el amor y en nuestras relaciones en la actualidad. O cómo podemos construir relaciones que no opriman a otras personas. Tenemos que empezar hablar de lo que sentimos sin sentir la necesidad de cumplir con el ideal masculino que nos oprime. Mi dignidad masculina se sostiene del miedo que me provoca dejar de ser lo que nos oprime.

Bibliografía

- Ásta (2020). Précis: Categories we live by. *Journal of Social Ontology*, 5(2), pp. 229–235.
- Bartra, R. (2014). *La jaula de la melancolía: Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Debolsillo.
- Beauvoir, S. de (1999). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Butler, J., & Lourties, M. (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*, pp. 296–314. Consultado en:

- https://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/view/526
- Butler, J. (2007). *Género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Conaway, M. (2013). Relative Deprivation of Masculinities: A Theory for Gender Violence? Academia.edu, Consultado en: https://www.academia.edu/276791/Relative_Deprivation_of_Masculinities_A_Theory_for_Gender_Violence
- Connell, R. W. (1995). *Masculinidades*. Los Angeles: University of California Press.
- Digital Consumer Survey México 2020 (14 de septiembre de 2020). Consultado en: <https://www.nielseniboype.com/2020/09/14/digital-consumer-survey-mexico-2020/>
- Eisler, R. (2021). *El cáliz y la espada*. Madrid: Captain Swing.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gálvez, G. E. (2013). Vulnerabilidad en los varones mexicanos: fisuras y aperturas en las subjetivaciones masculinas, En Ramírez, J., Cervantes, J. (2013). *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*. Guadalajara: Página Seis, pp. 91–109.
- Greer, G. (1970). *The female eunuch*. Londres: MacGibbon & Kee.
- Gutiérrez, P. (2020) Masculinidad, emociones y delitos de alto impacto. Un estudio sociológico sobre hombres jóvenes privados de la libertad en Jalisco. En Ramírez, J., et al. (2020). *Hombres, masculinidades, emociones* (1.ª ed.). Guadalajara: Universidad de Guadalajara–Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas. Consultado en: <https://editorial.udg.mx/gpd-hombres-masculinidades-emociones-9786078676446-637c111160209.html>
- Kaufman, Michael. The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence. En O'Toole, Laura L. (2007). *Gender Violence: Interdisciplinary Perspectives*. Nueva York: New University Press.

- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Ramírez, J., Cervantes, J. (2013). *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*. Guadalajara: Página Seis, pp. 63–81.
- Marqués, J.–V. (1997). Varón y patriarcado. En Valdés, T., Olavarría, J., *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago: Isis Internacional, pp. 17–30.
- Robledo, H. E. (30 de abril de 2019). ¿Qué hacer con la masculinidad?. *Cruce*. Consultado en: <https://cruce.iteso.mx/que-hacer-con-la-masculinidad/>